



# La explotación del abogado por las empresas de abogados

**Alejandro Nieto**

No hay cuña más eficaz que la de la misma madera ni explotación más dura que la que ejercen los compañeros de oficio. Las empresas de abogados que nos han venido de Norteamérica están desequilibrando el ejercicio de la profesión y, más todavía, la salud de quienes trabajan en ellas. Estos grandes despachos ganan mucho dinero, ciertamente, y también sus socios y empleados de categoría superior, pero no conviene olvidar el coste de tales beneficios. Aplicando técnicas refinadas de comportamiento laboral han incrementado la productividad hasta extremos que hace poco eran inimaginables; aunque –independientemente del correlativo descenso de la calidad de los productos, en lo que no voy a entrar aquí– tal aumento se ha logrado a costa de pervertir las costumbres y de triturar la personalidad de los agentes.

Estos abogados modernos, por buen sueldo que tengan, viven esclavos del reló que es para ellos más importante que el Aranzadi. No pueden separarse de una libreta en la que han de ir apuntando el destino que dan a cada minuto, ya que unos se valoran y otros no a la hora de facturar; y, por lo mismo, cuentan las palabras –ya que no las ideas– de cada escrito que redactan. Todo lo externo se computariza y la retribución resultante incluye elementos tan complejos que ya nadie entiende. Lo único seguro es que no se puede perder un instante y que los fines de semana, las vacaciones y hasta el sueño son tiempo perdido a veces irrecuperable. En estas condiciones no hay descanso



*Aquellos abogados trabajaban probablemente más que los de ahora, pero no tenían que visitar al psiquiatra*

posible y los nervios se van crispando hasta terminar destrozados. Son proletarios de lujo encadenados a la maldición olímpica del «cada día más rápido más alto, más lejos», sin poder parar nunca.

Con una tensión laboral de tal dureza, han de ir al despacho para someterse a una prueba diaria de competitividad porque, para no descender –y no digamos ya para ascender–, hay que demostrar que se está haciendo más que el compañero del despacho de al lado. Aunque la verdad es que no hay compañeros sino competidores o enemigos descarados. El que no puede caminar más

deprisa echa zancadillas, pues aquí todo vale. Hay que rendir cuentas de todo, pues se percibe un ojo omnipresente al que nada escapa y del que se sabe que el destino está en sus manos.

El abundante pan que se recibe tiene un sabor amargo porque, en definitiva, está contaminado por la angustia. Del sueldo hay que guardar una parte para pagar al psiquiatra de las depresiones y para los gastos del divorcio. A tales extremos ha llegado una antigua y respetable profesión «liberal». ¿De veras vale la pena ganar tanto dinero a este precio? ¿Dónde están los abogados de antes, que recibían y hablaban a los clientes sin necesidad de ser convocados a reuniones formales, que a la hora del café hacían tertulia en el casino, que leían a veces y no estaban pendientes de reló ni calendario? La profesión liberal consistía en ser dueños de sí mismos y disponer de tiempo. Aquellos abogados trabajaban probablemente más que los de ahora, pero sin angustia y, lo más importante, no tenían que visitar al psiquiatra ni desatender a la familia.

Quizás sea inevitable saltar de la artesanía a la fabricación en serie: la abogacía globalizada es incompatible con prácticas seculares y es seguro que la rentabilidad de estas empresas jurídicas es muy grande; pero no creo que sea recomendable ni pueda mantenerse durante mucho tiempo este estilo taylorista de producción que, expulsado ya de las empresas de producción, ha anidado ahora en unos sistemas tan delicados como los de consultoría jurídica. Ningún ministerio de Sanidad o Trabajo del mundo –y mucho menos los sindicatos– aceptarían estas condiciones laborales tan dañinas para la salud y para la familia; pero en el ámbito de la abogacía se mantienen aún las ficciones de que es una profesión liberal y de que *volenti non fit iniuria*. Además, cuando se gana dinero no se piensa casi nunca en los inconvenientes de los que luego el tiempo inexorable pasará factura. ■